

ñando entre dos filas á los viajeros encontrados, con el mismo órden que lo hace una patrulla que lleva vagabundos al cuerpo de guardia.

A medida que se aproximaba la comitiva, distinguía á la opaca luz que las antorchas reflejaban sobre él, un tropel confuso de hombres, mujeres y niños, mulos, caballos y perros, relinchando, ladrando y hablando en lenguas distintas. Era aquello el arca de Noé suelta en la torre de Babel.

Me incorporé á la caravana cuando pasó delante de mí, y llegamos á la posada. Al examinar aquella miscelánea, se hallaron diez americanos, un alemán y un inglés, todos en el peor estado posible, habiendo sido hallados los americanos en el lago, el alemán sobre la nieve y el inglés agarrado á una rama de un árbol, suspendido sobre un precipicio de tres mil piés.

El resto de la noche se pasó en la mas perfecta tranquilidad.

ROSENLAWI.

A la mañana siguiente á las ocho estábamos todo el mundo en batalla, caballería é infantería, en la llanura de Faulhorn; la caballería se componía de una señora francesa, del americano, de su mujer y sus siete hijos, yendo á pié el mayor de todos, el inglés, los seis guías y yo. En cuanto al alemán, se encontraba enteramente baldado, aunque habia pasado la noche sobre las baldosas de la cocina que se habian hecho calentar como un horno. No podia hacer ningun movimiento sin acampañarlo de terribles gritos; lo dejamos en Faulhorn, en donde si la Providencia no ha tenido por conveniente hacer un especial milagro, debe hallarse aun, atendido lo poco favorable de aquella temperatura para la curacion de las pleuresías.

Dispuestos los preparativos indispensables, como el proveer las botas de vino y disponer cómodamente las caballerías, emprendimos la marcha con la alegría que sigue por reaccion á los lances apu-

rados de que uno escapa sin detrimento de su persona.

Pensábamos visitar al paso la nevera de Rosenlawi é irnos á hacer noche en Meyringen, andando de esta manera una jornada buena, pero no difícil, yendo bien montadas las señoras que iban con nosotros y teniendo mis compañeros y yo unas piernas que podían competir ventajosamente en correr con los mas listos montañeses del Oberland.

He dicho mis compañeros, porque aun no habíamos andado quinientos pasos, ya nos considerábamos como los mejores amigos del mundo; pues nada intima tan pronto las amistades como el colegio, la caza y los viajes. Además, yo habia visto al americano en París en los salones de la princesa de Salm, y en cuanto al inglés, contra la naturaleza de sus compatriotas, era de un carácter muy alegre y bullicioso, formando contraste estas cualidades con su cara siempre impasible, aun en medio de todas las grandes gracias y bullas que hacia, contraste de que solo el actor Duboreau con su rostro frio y sus animados gestos ofrece á mi imaginacion un tipo parecido.

• Ya se adivina, que dispuestos como nos hallábamos á la alegría, nos divertimos mucho, si no con su fisonomía, al menos con sus modales.

Yo no he visto nunca nada mas ágil, mas imprudente, y mas diestro en sus imprudencias que aquel cuerpo de fanoccini, y aquella cabeza de clown: admirados estaban nuestros guias que miraban los saltos y pantomimas que hacia, y que en su silencio parecían decirle: « Corre, corre, que el dia menos pensado te romperás la cabeza. » El no hacia caso alguno de lo que pensasen, y continua-

ba saltando tranquilamente de roca en roca y pasando á pié cojo y á saltitos sobre los troncos que servian de puentes encima de los torrentes y riachuelos, y cogiendo grandes ramilletes de flores de las que las mas fáciles de alcanzar, por mí hubieran podido estar una eternidad allí, sin que me viniesen ganas de ir las á coger.

Aquella temeridad tenia tanto mas mérito atendiendo á que caminábamos por un terreno gredoso, siguiendo un detestable camino que hacia dos años solo se habia abierto de Faulhorn á Rosenlawi, y que la lluvia de la noche y del dia anterior hacian aun mas peligroso. A cada momento resbalábamos los hombres ó tropezaban las caballerías, y las señoras daban unos gritos horrosos justificados por el aspecto del sendero por donde las llevaban sus caballerías.

Un momento nos encontramos en una senda tan estrecha, que los guias no podian llevar por la brida á las caballerías, y costeábamos un precipicio que tenia mil quinientos piés de profundidad. En medio de aquel desfiladero se levantó de manos el mulo de la hija mayor del americano, y la pobre jóven, habiendo saltado fuera de la silla por el sacudimiento, se encontró sobre el cuello de su caballería oscilando como en un columpio, no sabiendo si caeria á izquierda ó á derecha, es decir, en el camino ó en el precipicio. Felizmente un guia la empujó con su palo, y dando un espantoso alarido cayó del lado donde no corria mas riesgo que hacerse una contusion ó algun arañazo.

Este accidente puso en confusion la caravana, porque las señoras de miedo de caer saltaron á tierra, al saltar cayeron, y por todas partes se oian

grites á cual mas agudos. Todo el mundo se creía en peligro de muerte, y pedia socorros que seguramente ninguno necesitaba. Los perros ladraban, echaban tacos los guías, los mulos aprovechaban aquel instante de descanso para pacer las yerbas que brotaban á orillas del precipicio, y el inglés plantado sobre una roca de veinte y cinco piés encima de nosotros, en una postura que hubiera desvanecido la cabeza de un gamo, silbaba tranquilamente el *God save the king* (Dios salve al rey).

Al cabo de un instante se restableció la calma; se sacó á las señoras de entre las patas de los cuadrúpedos; atravesaron á pié una á una y dirigidas por los guías, el resto del mal camino, y diez minutos despues estaba toda la caravana sana y salva sobre un césped liso y suave como el del tapiz verde del jardin de Versalles.

Aprovechamos esta circunstancia para almorzar y nos hicieron buena compañía las asustadas señoras, repuestas ya de su terror que para todas habia sido un pánico menos para una. Despues continuamos el camino.

Pronto entramos en el Oberhasli y atravesamos por la plaza de los luchadores. El día anterior mismo habia habido ejercicios entre los montañeses, y nos pesó mucho no haber llegado á tiempo de asistir á aquel espectáculo.

Habíamos bajado ya á una atmósfera mas templada, y de trecho en trecho comenzamos á volver á ver pinares que se detienen en un punto determinado, cual si la vara de un mágico les hubiese trazado un encantado círculo para que no pudiesen pasar de allí. Aquellos troncos aislados nos ofrecieron una variedad á nuestros ejercicios, sir-

viendo de blanco á cuatro palos de montaña, que lanzados como dardos á treinta ó cuarenta pasos de distancia se clavaban en ellos todo lo largo de sus puntas de hierro. El americano era el mas listo de todos en este ejercicio, y el menos diestro era el inglés. Esto ocasionó entre los dos una disputa acalorada en la que los dejé enzarzados para seguir, no con mi palo sino con el fusil, un gallo silvestre que se habia levantado bastante lejos de mí, para poderle tirar. Inútil me fué el seguirlo y á los diez minutos volvi á bajar por el otro lado del bosquecillo en donde habia dejado á mis compañeros de viaje.

Los divisé de lejos sentados á orillas de un torrente, y me acerqué á ellos sin poder comprender en qué se ejercitaba el inglés, tan singular me pareció en lo que se ocupaba. Consistia su habilidad en llenarse la boca de agua, y despues hacerla salir por en medio de su carrillo.

Yo al pronto creí que salia por la oreja, y admiréme de aquel nuevo juego de manos; pero cuando estuve mas cerca ví que el agua al salir tomaba un color encarnado que debia á su mezcla con la sangre.

Hé aquí lo que era. Furioso el inglés por su inferioridad en el manejo del palo, habia apostado con el americano á que se colocaria á setenta pasos de él, y que no le alcanzaria con la punta del suyo. El americano aceptó la apuesta, y colocados á la distancia convenida, esclavo el inglés de su palabra, aguardó flemáticamente el golpe de aquel dardo de nueva especie que le habia atravesado la mejilla, y roto un diente.

Este accidente trajo un poco de calma á la re-

jaguardia de nuestra caravana, que al cabo de poco entraba por la gran puerta de la posada de Rosenlawi.

No nos detuvimos mas tiempo que para tomar un baño, y aun no fué necesario calentar agua pues era termal, y estando cerca el manantial llegaba tibia á la caja: despues nos encaminamos hácia la nevera, una de las mas famosas del Oberland.

Esta vez rodaba sobre nuestras cabezas una tempestad, hermana de la que el dia anterior habíamos tenido bajo nuestros piés; esta diferencia de posicion nos era muy poco favorable; con todo, proseguimos la expedicion sin cuidarnos de los prudentes consejos que nos daban los truenos, y llegamos sin desgracia al pié del Mar de hielo, situado á un cuarto de hora de la posada.

La nevera de Rosenlawi goza de merecida reputacion, pues si no es la mas grande, es en mi opinion la mas bella de todo el Oberland. Radiante por todas partes con un tinte azulado, cuya causa ignoro, y que le es exclusivamente propio, ofrece todos los matices de aquel color desde el claro de la turquesa hasta el subido y brillante del zafiro. La abertura colocada en su base, y por la que sale hirviendo de Reichenbach, parece al pórtico del palacio de una encantadora, y sostienen su bóveda de encaje guarnecido de los festones mas caprichosos, variados y elegantes, por medio de maravillosas columnas que por su esbeltez y trasparencia se creeria ser obra de los genios. Cuando uno se inclina para mirar sus profundidades en donde corre en torbellino el torrente, tanto se maravilla de aquella arquitectura fantástica, que tiene envidia á

la diosa que habita semejante morada, y siente una celosa necesidad de precipitarse allí para compartirla con ella. Goethe hizo su Ondina sin duda en la entrada de una gruta semejante.

El ruido producido por los borbotones de agua que se estrella en la roca y que se resuelve en espuma, nos impedía hacia un cuarto de hora oír los truenos, que sin embargo redoblaban su fuerza. Habíamos olvidado completamente la tormenta cuando nos la recordaron algunas gotas gruesas y tibias que comenzaron á caer; alzamos la cabeza, y el cielo parecia que se habia bajado sobre el vasto embudo que formaba la montaña en cuyo fondo nos hallábamos nosotros, y de instante en instante se iba bajando mas por las vertientes, acercándose mas á nosotros, cual si debiese concluir por aplastar nuestras cabezas. La respiracion nos faltaba cual si estuviésemos encerrados en una inmensa máquina neumática; nos parecia que no faltaba mas que un relámpago para inflamar la atmósfera ardiente que nos rodeaba. Al fin, el violento estampido de un trueno rompió aquel dosel de vapores y azotando el aire el huracan sacudió sobre nosotros sus vastas alas, destilando toda lluvia.

Estábamos demasiado lejos de la posada para ir á buscar allí un abrigo, y así refugiándose bajo la copa de un árbol construimos con nuestros palos y blusas una pequeña tienda para poner á cubierto á las señoras. Aquella cabañita sirvió desde luego al objeto para que la hicimos por un rato, pero al cabo de un cuarto de hora estando ya calada la tela, cesó de chorrear el agua por encima, comenzó á calar y empezaron á caer sobre nuestras cabezas

cuatro ó cinco fuentecillas á manera de chorros. Fué preciso, pues, desafiando la lluvia y los truenos salir al descubierto y tratar de volvernos á la posada; esto es lo que hicimos, volvernos con barro hasta el tobillo y en ciertos trechos con agua hasta la rodilla. Llegamos chorreando como unos canchales.

Llamamos á Willer, encargado de los equipajes, pero cuando le pedimos la ropa blanca, nos respondió que sabiendo que nuestra intencion era llegar á Meyringen en aquella misma noche, habia aprovechado una proporcion que se habia ofrecido y mandado delante todo el bagaje. Infelices de nosotros, no teníamos ni un pañuelo para mudarnos, y en cuanto á irnos á Meyringen era de todo punto imposible, pues los caminos estaban impracticables, hechos unos rios, por tanto ya no nos quedaba mas que un arbitrio el que adoptamos, y fué el hacernos calentar las camas y meternos en ellas en tanto que se ponian á secar los vestidos.

Comimos acostados como los emperadores romanos y nos dormimos luego despues.

Yo no sé cuánto tiempo hacia que no dormíamos; pero lo que sé bien es que estaba en lo mejor y mas profundo de mi sueño cuando se presentó la criada de la posada con un candelero en la mano.

— ¿Qué hay? pregunté yo con el mal humor de un hombre á quien interrumpen en medio de una de las funciones que le son mas gratas.

— Nada, señor, sino que será preciso que os levanteis.

— ¿Para qué?

— Es que la lluvia ha aumentado de tal manera las dos cascadas que dominan la posada, que el

arroyo que pasa por delante de la puerta acaba de llevarse el puente, y es probable que se lleve tambien la casa....

— ¿Cómo! ¿llevarse la casa?... ¿la casa en que estamos?

— ¡Oh! sí, señor, ya se la llevó otra vez, no esta misma sino otra.

— ¿Y mis vestidos?

— No teneis tiempo mas que para ponéroslos.

— Id, pues, á buscármelos.

Respondo de que nunca me he vestido con mas prontitud: aun no habia acabado de ponerme las mangas de la blusa, cuando sin escuchar los gritos de la criada que bajaba la escalera, y encontrando la puerta de la cocina, me metí dentro de ella de un salto.

— ¡Hola! dije en seguida, al sentirme mojado hasta la pantorrilla.

— ¡Pero, señor! gritaba la criada.

Yo no la escuchaba y me disponia á abrir una puerta.

— Señor, que vais por ahí á dar en el arroyo

Solté en seguida el picaporte, y saltando encima de los hornillos, quise salir por una ventana.

— Señor, que vais á saltar en la cascada.

— ¡Diablo! grité yo entonces, decididamente estoy circunvalado: ¿por dónde quereis que me vaya? ¡Era preciso haberme dejado estar tranquilo en la cama! A lo menos habria salido embarcado.

— Pero, señor, podeis salir por la ventana del piso principal.

— Lléveos el diablo! ¿porqué no me lo habeis dicho desde luego?...

— Si hace una hora que os lo estoy diciendo y no me escucháis y correis como un perdido.

— Es verdad, yo tengo la culpa, guiadme.

Volvimos á subir al primer piso y la criada me enseñó una tabla que por una punta se apoyaba en la ventana, y en la montaña por la otra, parecíase mucho al puente de Mahoma para que se arriesgase en él un buen cristiano sin reflexionarlo bien.

— Muchacha, la dije guiñándole el ojo y rascándome la oreja; ¿qué, no hay otro camino?

— ¿Os asusta? ¡Bah! vuestro amigo el inglés, que tiene una fluxion, ya lo sabeis, la ha pasado por ahí de un salto.

— ¿Ha pasado? buen provecho le haga; ¿y las señoras, han pasado por ahí?

— No, las han sacado los guías.

— ¿Y los guías dónde están?

— En el monte á cortar pinos para atajar la cascada.

No habia medio de retroceder: tomé con valor mi partido, solo que me salí á caballo en lugar de ir á pié. Cualquiera que me hubiese visto desde abajo, me hubiera tenido por un brujo que se iba á su aquelarre montado en un mango de escoba.

Cuando hube llegado á mi destino, y el verme en tierra me hizo recobrar el aliento que habia perdido al pasar por la tabla, me dirigí hácia un punto en donde veia brillar hachones, y nunca olvidaré el extraño y magnífico espectáculo que se desplegó ante mis ojos.

La cascada que al llegar habíamos admirado por su gracia y ligereza, se habia convertido en un espantoso torrente; sus aguas, que habíamos visto

antes plateadas de espuma se precipitaban negras y turbias con el lodo, arrastrando consigo peñascos que hacian saltar como guijarros, y árboles seculares que hacian astillas cual si fuesen varitas de mimbre. Nuestros guías, desnudos hasta la cintura y armados de hachas, derribaban con todo el ardor de su naturaleza montañesa los pinos que guarnecian las orillas, y haciéndolos caer de modo que formasen un diqué. Cuatro ó cinco de ellos descansaban mientras se preparaban á reemplazar á sus compañeros y tenian en las manos hachones cuya vacilante luz iluminaba aquel cuadro. Pero muy pronto fué urgente el concurso de todos los brazos, los que alumbraban tuvieron que buscar donde colocarlos, teniendo que tomar otra vez las hachas. Viendo yo su embarazo y la urgencia del caso, cogí uno de aquellos hachones encendidos, y acercándome á un pino aislado que dominaba el terreno en que nos hallábamos, apliqué el fuego á una de sus ramas resinosas, y al cabo de diez minutos ardia ya desde el tronco hasta la copa, y estaba iluminada aquella escena por un candelabro, en armonía con ella.

Yo no sabré explicar el carácter primitivo y grandioso que ofrecia el espectáculo de aquellos hombres luchando con los elementos. Aquellos árboles que en cualquiera otro país hubieran sido marcados con las cifras reales, cayendo unos sobre otros derribados por el hacha de los montañeses, seguros de no tener que dar de ellos cuenta á nadie, ofrecian una imágen de una de las primeras escenas del diluvio. En cuanto á mí, yo pegué fuego al árbol con cierta embriaguez, y cuando le ví caer di un verdadero grito de victoria: aquel fué tal vez el

único momento de fatuidad que he tenido en toda mi vida. Sentía una convicción extraordinaria de mi fuerza, y creo que habría derribado todo el bosque sin descansar.

Sin embargo, resonó el grito de *basta*, y quedaron levantadas todas las hachas y fijos los ojos en el torrente vencido ya, y encadenado. La destrucción cesó tan pronto como fué inútil.

Volvimos á la posada casi seguros de que no nos volverían á desalojar de ella; sin embargo, se quedaron dos hombres vigilando cerca del torrente para dar la alarma en caso de peligro. Ignoro si hicieron bien la guardia, pero lo que sé es que nos dormimos de un tiron hasta las ocho de la mañana.

Habíamos dormido tanto mas tranquilos cuanto que sabíamos que la jornada del día siguiente, aunque larga, no era cansada, pues de las diez leguas que teníamos que hacer cuatro eran por el lago de Brienz y no teníamos nada en que ocuparnos en ver Meyringen por donde pasábamos, mas que tomar el desayuno y continuar la jornada.

El camino conservaba horribles rastros del huracán de la víspera, pues de trecho en trecho cortaban el camino los hondos surcos que habían dejado los torrentes improvisados por los que corrían unos arroyuelos bastante rápidos para entorpecer el paso, y de tiempo en tiempo encontrábamos árboles arrancados de cuajo cuyas raíces enredadas á las piedras del camino formaban una especie de barricada que los mulos de las señoras querían mejor comer que saltar, y así á cada momento se oían gritos espantosos de nuestras viajeras, que á veces no carecían de motivo.

Al cabo casi de dos horas mas de trabajo que de

camino nos hallamos en la cima de la montaña, que separa el valle de Rosenlawi del de Meyringen. Un rellano cubierto de césped ofrece desde lejos su rico tapiz para hacer un alto al viajero, y cuando seducido por aquella sábana verde se aproxima para descansar, admírase á medida que se adelanta de la coquetería de la montaña, que al pié del rellano donde primero no había visto mas que un lugar de descanso, ostenta toda la riqueza inesperada del valle mas lindo tal vez de la Suiza.

Es una cosa notable además el cuidado que se toma la naturaleza en mostrarse siempre bajo su mas ventajoso aspecto, ya ostenta su gracia, ya su fuerza, ó su riqueza, ó su aspereza. En medio de tantos picos y rocas á cuya cima nadie puede alcanzar mas que los gamos y las águilas, el hombre encuentra siempre una roca accesible, y desde allí con la vista abarca del modo mas favorable las líneas del paisaje que se extiende bajo sus piés: parece que la naturaleza, coqueta como una mujer, indiferente al voto de los animales, necesita para lisonjear su orgullo los homenajes del hombre, y semejante á las reinas que conocen la debilidad de su sexo, no puede permanecer en su trono sin hacer sentar en él á un rey.

En aquel rellano de Meyringen deben nacer en el alma estas reflexiones mas que en cualquiera otra parte. Despues de dos horas de camino por un país medianamente hermoso en donde no se encuentra para distraer la vista del fatigoso aspecto de un doble muro de montes, mas que en un salto de agna bastante elevado, pero tan delgado que le llaman la cascada de la cuerda (Seilibach), divisase de repente sin preparacion, cual si levantasen un

telon, uno de los paisajes mas variados y maravillosos que jamás han recompensado al viajero de su fatiga, debería decir que se las habia hecho olvidar.

Despues de haber permanecido media hora absortos en la contemplacion de aquel espectáculo que no sabria reproducir la pluma sobre el papel ni el pincel sobre el lienzo, nos encaminamos hácia la cascada de Reichenbach, cuya caida no podíamos ver todavía, aunque ya nos indicaba su sitio una polvareda de agua parecida al vapor que arroja la boca de un volcán.

Para llegar á ella tuvimos que subir una cuesta tan rápida que han tenido que hacer escalones para llegar á su cumbre. Desde el rellano que forma se mira al abismo á donde el agua precipita su caida : allí se estrella á ochenta piés debajo de los que la contemplan, y volviendo á subir luego en una polvareda de un rocío bastante espeso que obliga á meterse en una casita construida con el solo objeto de resguardar de aquella lluvia que viene de la tierra en vez del cielo.

Alli como en otras muchas partes de la Suiza se vende un gran número de juguetes de madera esculpidos con el cuchillo, que por la gracia de sus formas y bien rematado del trabajo, son mas preciosos que muchas de las obras que salen de nuestras manufacturas. Son azucareros con guirnaldas de hiedra ó de encina con un gamo por tapadera, cucharas y tenedores esculpidos como los de la edad media, y en fin, copas que recuerdan las que disputaban por sus cantos los pastores de Virgilio. Estos objetos se suelen vender muy caros algunas veces : yo ví vender en cien francos un par de estas copas.

Desde la casita en donde está el almacén general, bajamos á otro rellano situado á cien piés debajo de aquella, y desde allí descubrimos la caida inferior del Reichenbach, en donde, por la particular situacion de las rocas, el agua se agita y rebota mas. Yo no he visto el Peneo de que habla Ovidio, ni sé si es exacto el cuadro que de él nos hace.

. Spumosis volvitur undis
Dejectoque gravi tenues agitantia fumos.
Nubila conducit, summasque aspergine silvas
Implicat, et sonitu plus quam vicina fatigat.

pero lo que yo sé es que esta descripcion se adapta tanto al Reichenbach, que yo la plagio del primer libro de las Metamórfosis para excusarme de hacer otra que probablemente seria menos exacta.

Entonces para llegar á Meyringen apenas faltan mas que diez minutos, y de Meyringen á Brienz dos horas. Llegados á este último pueblo alquilamos una barca y nos dirigimos hácia Geissbach, que tiene el privilegio con el Reichenbach de dividir el trono de las cascadas del Oberland. Yo no emitiré mi opinion sobre esta importante cuestion, porque cansa todo, hasta las cascadas, y hacia ya cinco ó seis dias que habia visto tanto que comenzaban á fastidiarme todos los nombres que terminaban en *bach*.

Sin embargo, como hubieran tenido por una herejía el que hubiese pasado por delante del Geissbach sin pararme, eché pié á tierra y comencé á subir la montaña desde cuya cima se precipita la cascada en doce caidas cuyo estruendo oíamos ya desde Brienz, esto es, desde una legua.

A la mitad de la subida casi, encontramos al regente Kærli y sus dos hijas que nos aguardaban para ofrecernos la hospitalidad en una hermosa casa de campo cuyo piso principal adornaba un piano ante el cual se sentó, y sus hijas se pusieron inmediatamente á cantar muchas canciones suizas y dos ó tres tirolesas. Aunque aquella hospitalidad y aquella música no fuesen enteramente desinteresadas, se nos habian ofrecido sin embargo con tanta amabilidad que no hubo medio de creer que cumplíamos con pagar al buen hombre, le dimos las gracias de todos modos. Tan encantado de nosotros, como nosotros parecíamos estarlo de él, nos regaló al marcharnos una estampa litografiada de su retrato y el de sus hijas. Está litografiado acompañando al piano á sus dos hijas cantando en pié detrás de él.

Una singularidad que recompensa el trabajo que se toma al subir el sendero bastante escabroso que conduce á las caídas superiores del Geissbach, es una gruta formada en la roca detrás de uno de los arcos que forma el agua en su caída. Se puede penetrar en ella sin mojarse absolutamente, gracias á la curva que describe la cascada por la rapidez de su salto, y desde allí se ve todo el paisaje, es decir, el lago, el lugar de Brienz y de Roth-Horn. Gózase e esta vista al través de una gasa de agua moviéndose ella misma, da una apariencia de vida á los objetos sobre que está tendida, estos á su vez se mueven detrás de ella, perfiles sin color, cual gigantescas sombras chinescas.

Después de haber dedicado cerca de una hora al regente Kærli y en visitar la cascada nos reembarcamos. Habiendo ofrecido doble propina á los bar-

queros si llegábamos en menos de cinco horas á Interlaken, voló nuestra barquilla. Pasamos cual aves de mar atrasadas, por delante de una hermosa isleta perteneciente á un general italiano al servicio de la Francia hacia mucho tiempo, y desterrado de su país, según creo, se habia retirado allí. Un poco mas lejos nuestros guías nos mostraron el Tanzplatz, peñasco cortado perpendicularmente, en cuya cima hay una magnífica llanura cubierta de césped; allí iban á bailar en otro tiempo los habitantes de los inmediatos pueblos. Un día un jóven y una muchacha que no podian conseguir de sus padres licencia para unirse, se citaron: se formó un gran wals, en el que tomaron parte como los demás, solamente que se advirtió que á cada vuelta que daban se acercaban al precipicio; al fin al dar la última vuelta se abrazaron mas estrechamente el uno al otro, se les vió besarse, y después, como si les hubiese arrebatado el ardor del baile, se acercaron al abismo y se precipitaron en él. Al día siguiente se les encontró en el lago muertos y abrazados aun. Desde entonces se ha mudado el sitio del baile en otro punto del valle.

A las cinco menos cuarto desembarcamos á diez minutos de distancia de Interlaken.

Nuestra expedición por el lago, en vez de cansarnos nos habia dado fuerzas: podíamos después de comer todavía dar una vuelta por Hohbuhl, hermoso paseo situado detrás de Interlaken.

Hohbuhl es un jardín inglés que se extiende desde la base hasta la cima de un pequeño terreno de tres ó cuatrocientos pasos de alto; por entre los árboles se pueden ver al paso y á medida que se suben las partes aisladas del panorama que desde ar-

riba se abarcan en todo su conjunto. Fuera de la maravillosa perspectiva que desde allí se goza no ofrece nada notable mas que un banco en el que grabaron sus nombres Enrique de Francia, Carolina de Berry y Francisco de Chateaubriand en las épocas en que pasaron por Interkalen.

Al volver, en la posada hallé á Willer que me preguntó por dónde contaba salir del Oberland al día siguiente para ir á los pequeños cantones. Tres caminos podia elegir en las montañas : el monte Brunig, el Grimsel ó el Gemmi. Me decidí por el Gemmi que conocia por su fama. Al día siguiente tuve la satisfaccion de conocerlo tambien de vista, lo que quiere decir que si alguna vez vuelvo á Interlaken saldré entonces por el Grimsel ó el Brunig

EL MONTE GEMMI (1).

Debíamos partir de Interlaken á las cinco de la mañana en una carretela que debia conducirnos hasta Kanderstg, lugar en donde el camino cesa de ser practicable para los carruajes; era siempre ahorrar á nuestras piernas la mitad del camino; y como teníamos catorce leguas que hacer aquel día para ir á los baños de Louèche y en la última parte del camino pasar una de las mas rudas montañas de los Alpes, estas seis leguas de atajo no eran cosa de despreciar. Así es que fuimos tan exactos como los militares. A las seis ya estábamos internados en el valle de la Kander, donde subimos la orilla durante el espacio de tres ó cuatro leguas; en fin, á las diez de la mañana recuperábamos nuestras fuerzas al rededor de una mesa bastante bien servida de la fonda de Kanderstg para la ascension que debíamos emprender : á las once ajustamos nuestras cuentas con el cochero, y diez minutos des-

(1) Se pronuncia Ghemmi.

pues estábamos en camino con nuestro bravo Willer, que no debía separarse de mí hasta Louèche.

Durante legua y media poco mas ó menos, costeamos por un camino bastante fácil la base de la Blumlisalp, esta hermana colosal de la Yungfrau, que ha recibido ahora en cambio de su nombre de Montaña de las Flores, uno mas expresivo y mas en armonía, sobre todo con su aspecto, el de *Wild-Frau* (mujer salvaje). Sin embargo, por cerca que estuviese del Wild-Frau, olvidé la tradicion que le pertenece y en que una maldicion maternal forma el desenlace, para pensar en otra leyenda y en otra maldicion mas terrible de la cual Werner ha hecho su drama del *Veinte y cuatro de febrero*. La posada donde debíamos llegar dentro de una hora era la posada de Schwarrbach.

¿Conoceis este drama moderno en el que Werner ha trasportado el primero la fatalidad de los tiempos antiguos, esa familia de labradores que la venganza de Dios persigue como si fuese una familia real, esos pastores Atridas que durante tres generaciones en día y hora fija, vengan los unos en los otros, hijos en padres, padres en hijos, los crímenes de hijos y de padres; este drama, que es necesario leer á media noche, durante la tempestad, á la luz de una lámpara moribunda; si no habeis jamás tenido miedo, sentireis entonces por la primera vez correr por vuestras venas el estremecimiento del miedo; este drama, en fin, que Werner lanzó en la escena sin osar tal vez ver su representacion, no por adquirirse un título de gloria, sino para desembarazarse de un pensamiento devorador que mientras existiese le roía incesantemente como el buitre á Prometeo?

Escuchad lo que Werner dice él mismo en su prólogo á los hijos y á las hijas de Alemania :

« Cuando acabo de purificarme delante del pueblo, despertado por la confesion sincera de mis errores (1) y mis faltas contra él, quiero aun desprenderme de ese poema de horror que antes que mi voz lo cantase, turbaba como una nube borrascosa mi razon oscurecida, y que cuando le cantaba resonaba en mis oidos como el grito agudo del buho... de ese poema urdido durante la noche, parecido al eco del estertor de un moribundo, que aunque débil, llena de terror hasta las medulas de los huesos. »

¿Ahora quereis saber lo que es este poema? Voy á deciroslo en dos palabras.

Un labrador habita con su padre una de las cumbres mas altas y escabrosas de los Alpes : el deseo de una compañera se hace sentir en el jóven Kuntz y á pesar del anciano se desposa con Trueda, hija de un pastor del canton de Berna que solo ha dejado al morir libros viejos, largos sermones y una hija hermosa.

El anciano Kuntz ve con pesar entrar una ama en la casa de que era dueño : de aquí querellas inferiores entre el suegro y la nuera, querellas en las cuales el marido, herido en la persona de su mujer, se irrita de día en día contra su padre.

Una tarde, era el 24 de febrero, vuelve alegre de una fiesta dada en Louèche. Entra con la alegría en la frente y cantando. Encuentra al anciano Kuntz regañando y á Trueda que llora. La desgracia interior velaba á la puerta que él acababa de pasar.

(1) Werner, de luterano que era, acababa de hacerse católico.

Cuanta mas alegría tenia en su corazon, ahora es mayor su cólera. Sin embargo, su respeto hacia el anciano le cierra la boca, el sudor corre por su frente y se muerde sus apretados puños, la sangre le hierve y sin embargo calla. El anciano se irrita cada vez mas.

Entonces el hijo le mira riéndose con aquella risa amarga y convulsiva de un condenado: toma una hoz colgada en la pared: — La yerba va bien pronto á crecer, le dice, es necesario que yo afile este instrumento. Caro padre, podeis continuar vuestro regaño, yo voy á acompañaros con música. — Despues, afilando su hoz con el auxilio de un cuchillo cantaba una linda cancion de los Alpes, fresca y sencilla como una de esas flores que se abren al pié de las neveras:

En la cabeza un sombrero
Ornado de florecillas,
La camisa de pastor
Con largas y bellas cintas.

Durante este tiempo, el anciano temblaba de rabia y prorumpia en amenazas.

El hijo seguia cantando siempre. Entonces el anciano, fuera de sí, arrojó á la mujer uno de esos dictados injuriosos que enrojecen la faz de un marido. El jóven Kuntz se levantó furioso, pálido y temblando. El cuchillo, el cuchillo maldito con el cual afilaba su hoz se le escapó de las manos, y guiado sin duda por el demonio que vela por la perdicion del hombre, fué á herir al anciano. El anciano cayó y volvió á levantarse para maldecir al parricida, despues volvió á caer y espiró.

Desde este momento la desgracia entró en la choza estableciéndose en ella como un huésped á quien no se puede arrojar. Kuntz y Trueda continuaron amándose sin embargo, pero con ese amor salvaje, triste y monótono sobre el cual se ha deramado sangre. Seis meses despues la jóven parió. Las últimas palabras del moribundo habian herido al niño en el seno de su madre. Y como Cain, llevaba en sí el signo de maldicion, una hoz sangrienta en el brazo.

Algun tiempo despues, ardió la granja de Kuntz, la mortandad entró en sus ganados, la cima del Renderhorn se desmoronó como empujada por una mano vengadora; una avenida de nieve cubrió la tierra en una superficie de dos leguas, y debajo de aquella nieve estaban sepultados los fértiles campos del parricida. Kuntz, no teniendo ya ni granja ni tierras, de propietario que era se hizo posadero. En fin, cinco años despues de haber nacido el niño Trueda parió una niña. Los esposos creyeron la cólera de Dios desarmada, pues esta niña era hermosa y no tenia ninguna señal de maldicion sobre su cuerpo.

Una tarde, era el 24 de febrero, la niña tenia entonces dos años y el niño siete, los dos niños jugaban en el umbral de la puerta con el cuchillo que habia muerto á su abuelo; la madre acababa de degollar una gallina, y el niño, con aquel placer de sangre tan peculiar en la juventud en quien la educacion no lo ha borrado, lo habia presenciado: Ven, dijo á su hermana, á jugar juntos, yo seré la cocinera y tú la gallina. — El niño tomó el cuchillo maldito, arrastró á su hermana detrás de la puerta de la posada; cinco minutos despues la ma-

dre oyó un grito, acudió : la niña estaba bañada en sangre, su hermano acababa de cortarle el cuello. Entonces Kuntz maldijo á su hijo como su padre lo habia maldecido á él.

El niño se escapó. Nadie supo qué fué de él.

A contar desde este dia todo fué de mal en peor para los habitantes de la choza. Los peces del lago murieron, las cosechas fueron estériles, las nieves que ordinariamente se derretian en los grandes calores del estío cubrieron la tierra como una mortaja eterna; los viajeros que mantenian la pobre posada se hicieron cada vez mas raros, porque el camino llegó á ser cada vez mas difícil. Kuntz se vió obligado á vender los últimos bienes que le quedaban en la choza, y se hizo inquilino de aquel á quien se la habia vendido, y vivió muchos años con el precio de aquella venta; despues, un dia se encontró tan pobre que no pudo pagar el alquiler de aquellas miserables tablas que el viento y la nieve habian lentamente desunido, como para llegar hasta la cabeza del parricida.

Una tarde, era el 24 de febrero, Kuntz entró en su casa de vuelta de Louèche; se habia puesto en camino por la mañana para suplicar al propietario que le perseguia le concediese algun tiempo. Este le habia enviado al bailío y el bailío le habia condenado á pagar en veinte y cuatro horas. Kuntz habia estado en casa de sus amigos ricos; les habia rogado, implorado y conjurado en nombre de lo que tuviesen mas sagrado en el mundo, salvar á un hombre de la desesperacion. Ni uno de ellos le habia tendido la mano. Encontró un mendigo que

partió su pan con él. Llevó aquel pan á su mujer, lo arrojó sobre la mesa diciéndola : Come el pan entero, mujer, yo he comido allá abajo.

Entonces habia una tempestad horrorosa, el viento rugia al rededor de la casa como un leon al rededor de un establo, la nieve caia cada vez mas espesa como si la atmósfera fuese por fin á condensarse; las cornejas y los buhos, pájaros de muerte á quienes la destruccion alegre, se regocijaban en medio del desórden de los elementos como los demonios de la tempestad, y llegaban atrevidos por la claridad de la lámpara á golpear con la punta de sus pesadas alas los vidrios de la cabaña donde velaban los dos esposos que sentados el uno en frente del otro osaban apenas mirarse; y cuando se miraban, separaban inmediatamente la vista, espantados de los pensamientos que se leian en sus frentes. En este momento llamó á la puerta un viajero, los dos esposos se estremecieron.

El viajero llamó por segunda vez; Trueda salió á abrir.

Era un hermoso jóven de veinte á veinte y cuatro años, con la blusa de cazador, con un morral y un cuchillo de monte al lado; llevaba al rededor del cuerpo un cinto para dinero y pendiente de él un par de pistolas. En una mano llevaba una linterna próxima á apagarse, y en la otra un largo palo con punta de hierro.

Al ver aquel cinto Kuntz y Trueda cambiaron una mirada rápida como un relámpago.

— Seas bienvenido, dijo Kuntz, y alargó la mano al viajero. ¿Os tiembla la mano? añadió.

— Es de frio, respondió este mirándole con una expresion muy extraña.

Dicho esto sentóse, sacó de su morral pan, kirchenwaser, un pedazo de torta y una gallina asada, y convidó á sus huéspedes á cenar con él.

— Yo no como gallina, dijo Kuntz.

— Ni yo, dijo Trueda.

— Ni tampoco yo, dijo el viajero.

Todos tres cenaron únicamente con la torta; pero Kuntz bebió mucho.

Acabada la cena entró Trueda en una pieza contigua, extendió por el suelo un poco de paja, y salió á decir al extranjero: Vuestra cama está lista.

— Buenas noches, dijo el viajero.

— Dormid en paz, respondió Kuntz.

El viajero entró en su cuarto, cerró la puerta y se puso de rodillas para orar.

Trueda se fué á echarse en su cama.

Kuntz dejó caer su cabeza entre sus dos manos.

Al cabo de un instante, púsose en pié el viajero, desató su cinto que le sirvió de almohada, y colgó de un clavo sus vestidos; pero como estaba mal clavado cayó en el suelo arrastrando consigo la ropa que debía sostener.

El viajero trató de clavarlo otra vez en la pared dándole con el puño, la fuerza y sacudida de aquellos golpes hicieron caer alguna cosa colgada en la parte exterior del cuarto. Kuntz se estremeció buscando tímidamente con los ojos el objeto cuya caída acababa de distraerle de la meditacion. Era el cuchillo dos veces maldecido que había muerto al padre por la mano del hijo, y á la hermana por la del hermano, que había caído cerca de la puerta del cuarto que ocupaba el forastero.

Kuntz se levantó para ir á recogerlo, y al bajarse su mirada penetró por el ojo de la llave en el cuarto

de su huésped. Este dormía con la cabeza apoyada sobre el cinto. Kuntz se quedó con la vista clavada en la cerradura, y la mano sobre el cuchillo. La lámpara se apagaba en el cuarto del extranjero.

Kuntz se volvió hácia Trueda para ver si dormía, Trueda estaba apoyada sobre el codo con los ojos fijos, miraba á Kuntz. — Levántate y alúmbrame puesto que no duermes, dijo Kuntz.

Trueda tomó la lámpara; Kuntz abrió la puerta, y los dos esposos entraron.

Kuntz puso la mano izquierda sobre el cinto. Tenía el cuchillo en la mano derecha. El extranjero hizo un movimiento. Kuntz hirió. El golpe estaba dado con tanta seguridad, que la víctima no tuvo fuerza mas que para decir estas dos palabras: ¡Padre mio!

Kuntz acababa de matar á su hijo.

El jóven se habia enriquecido en el extranjero, y volvía á partir su fortuna con sus padres.

Hé aquí el drama de Werner y la leyenda de Schwanbach.

Puede juzgarse hasta qué punto tal recuerdo me preocupaba. El deseo de ver la posada que habia sido el teatro de aquellos terribles sucesos me habia sobre todo determinado á tomar el camino del Monte Gemmi. Habia en verdad una legua mas allá de la posada cierta bajada que las gentes mismas del país miran como una de las mas espantosas gargantas de los Alpes, lo que me prometia para mi cabeza, tan dispuesta á los vértigos, una gran libertad para admirar el trabajo de los hombres que han abierto aquella bajada, y el capricho de Dios que ha levantado allí rocas contra las cuales se ha formado esta especie de escalera. A fuerza de pen-

sar en la posada y en el camino fácil que á ella conduce, concluí por no reflexionar en el infernal camino por el que de ella se sale.

Mientras resolvía en mi imaginacion todo aquel drama, ya habíamos subido á la montaña. Al llegar á su cumbre sentimos de pronto un aire frio. Mientras subimos había pasado sobre nuestras cabezas y no lo habíamos sentido. Llegados á la cima, nada nos resguardaba de él, y bajaba en terribles bocanadas desde los pinos del Altels y del Gemmi, como para custodiar el dominio de la muerte y rechazar de ella á los vivos hácia el valle en donde pueden vivir.

Imposible era además inventar una decoracion mas en armonía con el drama: detrás de nosotros, el delicioso valle de la Kander (Kander-Thal), j6ven, risueño y verde: delante la nieve helada y las desnudas rocas: despues, en medio de aquel desierto, cual una mancha sobre una sábana mortuoria la maldita posada que presenci6 la escena que acabamos de contar.

A medida que me aproximaba era mas viva la impresion. Me disgustaba el cielo de un azul trasparente y el radiante sol que iluminaba aquella cabaña: hubiera querido ver la atm6sfera oscurecida por las nubes: hubiera querido oír los silbidos de la tempestad desencadenada al rededor de aquella cabaña. Nada de esto habia. Al menos, sin duda la facha salvaje de nuestros huéspedes creí que estaria en armonía con los recuerdos que le rodeaban. Tampoco: dos hermosas criaturas blancas y sonrosadas, un niño y una niña, jugaban sobre el dintel de la puerta abriendo agujeros en la nieve con un cuchillo. ¡Un cuchillo! ¿cómo tenian sus padres

bastante imprudencia para dejar todavia un cuchillo allí en manos de sus hijos? Se lo arranqué vivamente: el pobre niño se lo dejó coger y se ech6 á llorar.

Entré en la cabaña, su dueño se dirigió á mí: era un hombre grueso de treinta y cinco á cuarenta años, muy robusto y muy alegre.

— Tomad, le dije, aquí teneis un cuchillo que he quitado á vuestro hijo que jugaba con su hermana. No dejéis semejante arma entre sus manos, ya sabéis lo que de ello podria resultar.

— Gracias, señor, me dijo mirándome con asombro, pero no hay peligro en esto.

— ¡Desgraciado! ¡no hay peligro! ¿y el 24 de febrero?

El dueño de la casa hizo un marcado gesto de impaciencia.

— ¡Ah! dije, ¿habeis comprendido? Al mismo tiempo eché la vista en torno mio: la disposicion de la cabaña era seguramente la misma que en tiempo de Kuntz. Nos hallábamós en la primera habitacion: en frente de nosotros en un hueco habia no la mala cama de Trueda, sino un bonito lecho suizo tan ancho como largo: á la izquierda estaba el cuarto donde habia sido asesinado el viajero. Fui á la puerta de aquel cuarto, lo abrí: habia una mesa puesta esperando para comer á los viajeros que diariamente pasan. Miré al suelo, me parecia que iba á hallar en él las manchas de sangre.

— ¿Qué buscáis, caballero? me dijo el dueño: ¿habeis perdido alguna cosa?

— ¡Cómo! dije yo respondiéndole á mi pensamiento y no á su pregunta, ¿habeis tenido la idea de hacer un comedor de este cuarto?

— Porque no había de poner en él una cama como había hecho mi predecesor. Una cama es una cosa inútil aquí donde pocos viajeros se detienen á pasar la noche.

— Ya lo creo, despues del horrible suceso de que ha sido testigo esta cabaña...

— ¡Vamos, otro que tal! murmuró con mal humor que no trató de ocultar el posadero.

— ¡Pero cómo habeis tenido, continué diciéndole, valor de venir á habitar esta casa?

— No he venido á habitarla, señor mio, siempre ha sido mia.

— ¡Pero y antes de ser vuestra?

— Era de mi padre.

— ¡Con que sois el hijo de Kuntz?

— No me llamo Kuntz, me llamo Hantz.

— Sí, habeis cambiado de nombre y habeis hecho bien.

— No he cambiado de nombre, y á Dios gracias espero no cambiar de él nunca.

— Comprendo, me dije interiormente, Werner no habrá querido.

— Mirad, caballero, expliquémonos, me dijo Hantz.

— Mucho me alegro de que prevengais mis deseos, yo no me hubiera atrevido á pedir os detalles de acontecimientos que parece tan de cerca os tocan, mientras que ahora vais á decirme..... ¿no es esto?

— Sí, voy á deciros lo que he dicho veinte veces, cien veces, mil veces: voy á deciros lo que hace quince años me tiene condenado á mí y á mi mujer, lo que concluirá por hacerme hacer un desatino.

— ¡Ah! ¡los remordimientos! me dije á mí mismo á media voz.

— Porque, continuó con desesperacion, semejante persecucion cansaria la paciencia del mismo Calvino. No hay aquí tal 24 de febrero, ni Kuntz, ni asesinato: esta posada es tan segura como el regazo de una madre para su hijo: mejor que nadie lo sabe el tunante que es causa de todo esto, pues que ha permanecido aquí quince dias

— ¿Kuntz?

— No, señor, os digo que jamás ha habido aquí á veinte leguas á la redonda un solo hombre que se llame Kuntz, sino un miserable, un tal Werner.

— ¡Cómo! ¿el poeta?

— ¿Poeta?

— Sí, señor, el poeta: así es como le llaman todos.

— ¡Pues bien! caballero, el poeta vino á casa de mi padre. ¡Mas hubiera valido para su descanso en el otro mundo, y para el nuestro en este, que se hubiera roto la cabeza al trepar la roca que vais á bajar! Vino en 1813, me acuerdo como si fuese hoy mismo, era un hombre de noble y honrada cara, caballero; imposible sospechar nada de él. Así, cuando pidió á mi pobre padre quedarse ocho ó diez dias con nosotros, mi padre no tuvo dificultad en ello, únicamente le dijo: — No estareis muy bien, no tengo mas que un cuarto que daros. El otro, que tenia sus miras, respondió: — Bueno es. Entonces le instalamos aquí donde estais. Debiéramos de haber sospechado algo sin embargo, porque desde la primera noche se puso á hablar alto como un loco. Yo creí que se hallaba enfermo: me levanté para mirar por el ojo de la cerradura, da-

ba miedo: se hallaba pálido, tenía los cabellos echados hácia atrás, los ojos tan pronto clavados en un punto, tan pronto convulsivamente agitados: habia momentos en que permanecía inmóvil como una estatua, de repente gesticulaba como un endemoniado, despues escribia, escribia..... patitas de mosca que por lo regular siempre son mala señal; si bien esto no duró mas que quince dias, ó mejor dicho quince noches, porque durante el dia se paseaba al rededor de la casa. Yo soy el que le guiaba. En fin, despues de quince dias nos dijo: — Buenas gentes, ya he concluido, os doy las gracias. — No hay de qué, contestó mi padre, puesto que os he ayudado muy poco. Pagó, debo decirlo, pagó bien y despues partió.

Un año se pasó tranquilamente sin que volviésemos á oír hablar de él. Una mañana, era en 1815 segun creo, dos viajeros entraron y miraron con atencion el interior de nuestra posada. — Toma, dijo uno, hé ahí la hoz. — Toma, dijo el otro, hé ahí el cuchillo. Era una hermosa hoz nueva que acababa yo de comprar en Kanderstg, y un cuchillo viejo de cocina que no servia ya mas que para partir azúcar, y que estaba colgado de un clavo cerca de la puerta del gabinete; les miramos con sorpresa mi padre y yo, cuando uno de ellos se acercó y me dijo: — ¿No es aquí, amigo, donde tuvo lugar el 24 de febrero aquel horrible asesinato?

Quedamos mi padre y yo estupefactos.

— ¿Qué asesinato? dije yo.

— El asesinato cometido por Kuntz en su hijo. Entonces les contesté lo que acabo de responderos.

— ¿Conoceis á Mr. Werner? continuó el viajero.

— Sí, señor, es un bravo y excelente sugeto, que ha pasado quince dias aquí hace dos años, segun creo, y que no tiene mas que un defecto, que es escribir y hablar toda la noche en lugar de dormir.

— Pues bien, tomad lo que ha escrito en vuestra posada y sobre vuestra posada.

Entonces nos dió un librito que llevaba por título *el 24 de febrero*. Hasta ahí no habia nada de malo: el 24 de febrero es un dia como otro cualquiera y no tuve nada que decir; pero no bien leí treinta hojas, cuando el libro se me cayó de las manos. Eran mentiras; pero ¡qué mentiras! y sobre todo mentiras sobre nuestra pobre hosteria; y todo eso para arruinar al desgraciado posadero. Si le habíamos llevado demasiado caro por los dias que pasó, podia muy bien haberlo dicho, ¿no es verdad? No es uno un turco para ahogar á nadie; pero no, si no dijo nada; pagó y aun dió para beber, y luego el hipócrita va á escribir que nuestra casa..... ¡Si eso hace estremecer! ¡Si es una indignidad! ¡es una infamia! Así que venga un poeta aquí que yo le vea, no se me escapará de entre las manos. ¡Oh! él pagará por su camarada.

— Pero, ¿nada de lo que cuenta Werner ha pasado?

— Nada, nada absolutamente, es decir, ni la menor cosa. Mi huésped rabiaba.

— Entonces concibo que las preguntas que os hacen sobre esto, os deben ser sumamente impertinentes.

— Enfadosas decid, señor. Decid..... Y se agarra los pelos con las manos, decid... ¡No encuentro palabra! Es hasta tal punto, que no pasa alma vi-

viente que no me repita la misma canción mientras la hoz y el cuchillo estén ahí. Mirad, dicen, ahí está la hoz y el cuchillo. Mi padre los quitó un día porque ya se cansaba de oír repetir siempre la misma cosa. Entonces era otra canción. — ¡Ah! ¡ah! decían los viajeros, han retirado la hoz y el cuchillo, pero ved ahí el cuarto aun. — ¡Diablo! sí, sí, tienes razón, es verdad. ¡Ah, caballero! era para desesperarse uno; han abreviado la vida de mí padre por más de diez años. Oír decir tales cosas sobre la casa en que uno ha nacido, oír las decir por todo el mundo, y todos los días, y por lo regular dos veces más que una; esto es inaguantable, daría la barraca por cien escudos. Os la doy, y también el mobiliario, me marcharé, y así no oíré hablar más ni de Werner, ni de Kuntz, ni de la hoz, ni del cuchillo, ni del 24 de febrero, ni de nada.

— Vamos, vamos, patron, calmaos y dadnos de comer, esto valdrá más que el desesperaros.

— ¿Qué es lo que quereis comer? respondió nuestro hombre, calmándose de repente, y levantando la punta de su delantal.

— Algo de volateria.

— Sí, sí, aves, ya podeis tratar de buscarlas. Cuando había gallinas era otra cosa, pero ahora. ¿No sabeis que aquel condenado puso una en su libro? ¡Una gallina! ¿Habeis visto cosa semejante? O no le debian gustar ó lo hizo por hacernos mal.

— Todo lo que querais, poco me importa: disponed cualquier cosa, en tanto que voy á dar un paseo por esos alrededores.

— Dentro de media hora estará pronta la comida.

Sali lamentando muy sinceramente la desesperación de aquel pobre hombre: porque la influencia de la palabra del poeta es tan poderosa, que donde quiera que la siembra lo llena á su placer de recuerdos felices ó funestos, y convierte los seres que lo habitan en ángeles ó demonios.

Comencé mi paseo: pero la relación de Hantz había disipado casi toda la ilusión del paisaje. El aspecto no dejaba de ser gigantesco y salvaje; pero el principio vivificante había desaparecido. El posadero había con un soplo destruido el fantasma del poeta, y lo había hecho desaparecer. Aquella naturaleza era imponente; pero despoblada é inanimada: había nieve, pero sin manchas de sangre: asemejábase á una mortaja; pero no envolvía ningún cadáver.

Este desencanto abrevió una hora lo menos mi paseo topográfico por la cima donde habíamos llegado, pues me limité á echar un vistazo hácia el Oriente por encima de las dos cumbres que han dado á la montaña el nombre de *Gemmi*, derivado probablemente de *Geminus*; y otro al Oeste por encima de la inmensa nevera de Lammero, siempre muerta y azul cual la vió Werner. El lago del Daube (*Daubense*) y el derrumbadero del Randerhorn los había visitado ya, uno á la ida, y debía costear el otro al volver. Volví al cabo de media hora, y mi huésped fué muy puntual, pues ya me lo hallé de pié al lado de una mesa con abundante comida.

Al marcharme ofrecí al pobre Hantz que haría todo lo posible para disipar la calumnia de que era víctima. He cumplido mi palabra, y si alguno de mis lectores pasa alguna vez por la venta de

Schwanbach, le quedaré muy agradecido si tiene la bondad de decir á Hantz que en este libro, sin el cual jamás probablemente hubiera tenido noticia del poema de Werner, he referido con verdad el origen de él.

A distancia de un cuarto de hora, nos encontramos en la orilla del pequeño lago del Daube, que con el del San Bernardo y el del Taulhorn es uno de los mas altos del mundo conocido. De ahí es que como los otros dos está también desierto, porque no se puede sufrir la temperatura de sus aguas, ni aun en el rigor del verano.

Después de haber pasado el lago, entramos en un pequeño despoblado, al fin del que hallamos una quinta abandonada, Willer me dijo que la bajada empezaba al pie de aquella casa. Curioso por ver aquel paso extraordinario, y recobrando la fuerza mis piernas, cansadas de andar durante tres horas por mal camino, apresuré el paso á medida que adelantaba, de modo que llegué corriendo á la casa de campo.

Dí un grito, cerré los ojos, y me dejé caer de espaldas.

No sé si mis lectoras habrán experimentado alguna vez la terrible sensación de un vértigo, ni si al medir con la vista un gran precipicio, han sentido alguna vez el irresistible impulso de arrojar en él; no sé si se les han erizado los cabellos ni si han sentido correr el sudor por la frente, ni si se les han contraído los músculos de su cuerpo, estirándoseles después cual los de un cadáver galvanizado por la pila de Volta; pero si le han experimentado, conocerán un puñal introducido en la carne: ni el plomo derretido en las venas, ni la

fiebre que corre en las vértebras causan una sensación tan aguda como la de aquel estremecimiento que en un instante se apodera de todo el cuerpo, y por eso no necesito decir nada más. Había llegado corriendo hasta la orilla de una roca perpendicular de mil seiscientos pies de altura sobre el lugar de Louèche, y si doy un paso más, sin remedio me hubiera precipitado en aquel profundísimo abismo.

Willer echó á correr tras de mí y me encontró sentado: apartó mis manos con las que me tapaba los ojos, y al ver que me desmayaba, me puso en los labios un frasco de kirchenwaser: sorbí un buen trago, y cogiéndome Willer por el brazo, me llevó hasta la puerta de la cabaña. Le ví entonces tan asustado al verme tan pálido, que recobrando mi fuerza moral sobre aquella sensación física, me eché á reír para calmar su terror; pero aquella risa era una risa estridente, como la de los condenados que moran en el lago helado del Dante.

Con todo al cabo de pocos minutos ya me había repuesto. Había sentido lo que en circunstancias semejantes experimento, un trastorno en todas mis facultades seguido de un completo reposo, porque la primera sensación es de la parte física que domina instintivamente á la moral, y la segunda es la moral que recobra su poder racional sobre la física. Ciertamente es que generalmente el segundo movimiento es más penoso y sensible que el primero, y que se padece más al recobrar la cabeza que cuando se halla uno trastornado.

Me puse en pie tranquilamente, y me dirigí de nuevo hácia el precipicio cuya vista había causado en mí el efecto que he tratado de escribir. Se pre-

sentaba una sendita de dos piés y medio de anchura, por la que comencé á caminar con paso en apariencia tan firme como el de mi guía, únicamente que por temor de que mis dientes se rompiesen unos con otros, me puce en la boca el pañuelo hecho veinte pliegues.

Durante dos horas bajé siempre dando vueltas y teniendo siempre tan pronto á mi derecha como á mi izquierda un precipicio escarpadísimo, y llegué á Louèche sin haber pronunciado ni una sola palabra.

— ¡ Infeliz! me dijo Willer, ya veis que esto no ha sido nada.

Saqué entonces mi pañuelo de la boca y se lo enseñé; todo él estaba cortado como con una navaja de afeitar.

LOS BAÑOS DE LOUECHE.

Estaba tan fatigado al llegar á los baños de Louèche, que dejé para el día siguiente la visita que me proponía mi guía Willer y la comida que me ofrecía el posadero, reclamé en cambio la cama que ni el uno ni el otro pensaba mandarme hacer.

Al día siguiente entró Willer en mi cuarto á las nueve: era el momento de visitar los baños, pues los enfermos van á ellos antes de desayunarse. Mas gana tenía de dejarlos sumergirse á su placer en su piscina y de permanecer en la cama, á riesgo de perder aquella escena de ablucion que me habian dicho ser muy curiosa, pero Willer fué inexorable, y tuve que contentarme con catorce horas de sueño.

A veinte pasos de la posada, encontramos la gran fuente de San Lorenzo, que abastece los baños, pues otros doce ó quince manantiales de agua termal que brotan en las inmediaciones se pierden sin utilizarse en el Dala, y nadie ha pensado nunca en sacar algun partido de ellos.